

La cámara del revés



MARIO BREGAÑA ETXEBERRIA

El 'voyeur' de la esencia

La naturaleza lo atrapó antes que la fotografía, pero halló en esta cómo reflejar lo que estaba viendo. Tenía 15 años. Ahora, con 54, ha recorrido los cinco continentes y fotografiado miles de especies. Se queda con el águila real

LAURA PUY MUGUIRO
Pamplona

REALMENTE quería fotografiar un eland, el antílope más grande de África. Llevaba varios días apostado cerca de la charca a la que esperaba que se acercara a beber. Agazapado en un escondite muy precario de adobe y cañas, allá estaba, en Namibia, aguardando la oportunidad. Esa tarde no había animales por los alrededores. Pero sí un silencio extraño. Y, como en las películas, fue anticipo de un peligro: de repente apareció un leopardo y se puso a beber en la charca, a unos 15 metros de él. "Empecé a hacerle fotos, y el animal se mosqueó: ahora tengo una cámara con un obturador que no hace tanto ruido, pero entonces...". Clic, clic, clic. El leopardo seguía bebiendo pero mirando cada vez con más curiosidad hacia el escondite del fotógrafo. Llegó a ser tanta que decidió acercarse a la cabaña. "Si el leopardo decide atacar, lo hace. Y ahí pasé verdadero miedo. Pensé que me podía matar". A pesar de los siete años pasados, el pamplonés Mario Bregaña Etxebarria recuerda al detalle aquel momento. "Las últimas fotos que tengo son un primer plano de la cara del leopardo. Están desenfocadas y movidas".

"Te cuesta dos días de tu vida"

Bregaña es fotógrafo de naturaleza y ha fotografiado todas las rapaces de Navarra. La fauna le atrapó antes que la fotografía, y eso que tenía 15 años cuando comenzó a tomar instantáneas. Pero fue al descubrir la cámara cuando comprobó que le permitía reflejar lo que estaba viendo. De 54 años, sus primeras fotos fueron con una "vieja Retina", una máquina "maravillosa de mi padre. Nos la robaron del caserío que tenemos en el valle de Esteribar. Una pena". Algo más tarde llegó una pequeña Olympus que le trajeron de un viaje de Canarias. "Fue como si me hubiera tocado la lotería".



Mario Bregaña, fotografiando una culebra de collar.

RAMÓN ARAMBARRI

Ser fotógrafo de naturaleza es sacrificio. El adjetivo no lo pone Bregaña, pero es el que viene a la cabeza cuando narra cualquiera de sus jornadas. Sacrificado por la dificultad física, con accesos hasta donde están los animales (montes y cortados) complicados y peligrosos. Sacrificado también por la espera de horas, días incluso, con temperaturas bajo cero o con calores asfixiantes. Sacrificado además por esperas en sitios precarios que le obligan,

por ejemplo, a colocarse un cinturón y graparse a una pared "por si te quedas dormido". El precio, dice, que paga por querer captar momentos especiales, "algo que sea verdaderamente difícil de contemplar". Por eso, aunque habitualmente sabe al instante si la fotografía es buena, dice que si al llegar a casa comprueba que no lo es, se conforma "con haber tenido la oportunidad de ver al animal tan de cerca, algo que no puede hacer el común de los mortales".

Y ser fotógrafo de naturaleza es sacrificado igualmente por la soledad, porque allí no hay sitio para distracciones, ni música, ni libros. "Es imposible mantener todo el tiempo la tensión, pero tienes una actitud de pretensión: estás tranquilo, intentando no gastar energía y tratando de que no te duelan espalda y piernas, y manteniendo a la vez cierta atención para que, ante el indicio de que puede suceder el momento fotográfico, se dispare automáticamente la atención y hagas la foto. Si te despistas, sucede algo y pierdes información". Y aplica un código propio: ante la menor posibilidad de molestar a un animal o modificar sus hábitos, no hay foto.

El sacrificio se extiende hasta la disposición mental necesaria. "Saber que una foto te va a costar dos días de tu vida en lugar de ser tiempo para ti o con tu familia es una inversión importante, y debes tener en cuenta que puede ser fallida y admitirlo, porque, por muchos años que lleves, hace mella". Como en todo, también hay un 'pero', positivo: "Cuando consigues la foto es maravilloso. Era difícil lograrla, y la tienes".

Bregaña dice que es muy fácil enamorarse en Navarra de la naturaleza. Sentarse con él a ver sus fotografías es como regresar a las aulas para recibir una clase de fauna. "Esto es una avutarda, el ave más pesada de cuantas vuelan en el mundo y de las que unas cincuenta viven en Navarra", cuenta. "Aquí, una hembra de buitre preparando el nido". Y prosigue: unos cernícalos copulando; un corzo atravesando la carretera en Garaioa, 22 metros en un segundo; garzas salvajes que empiezan a criar en la Ribera; milanos reales; un águila perdicera, "en plena actualidad porque biólogos navarros están colaborando para reintroducirla en Álava"; una mariposa, navarra, *Graellsia isabelae* (subespecie *Roncalensis*), "la más bella de Europa. Colaboré en su descripción, hace unos treinta años. Ahora tiene problemas por el cambio climático".

También muestra un gato montés atropellado o una nutria muerta. ¿Por qué? "De alguna manera, esto es un mensaje conservacionista: algunas especies han conseguido sobrevivir, así que no vamos a ponérselo más difícil todavía. Mi mensaje es la foto". Porque una lista de animales no sensibiliza tanto como la visión de uno precioso, único, en ligera recuperación...

Asegura que hoy es "prácticamente imposible" vivir de la fotografía de naturaleza y que, aunque él le da un aspecto profesional, su trabajo es diseñar instalaciones antipolución de partículas para fábricas, muy relacionado, eso sí, con el medio ambiente y su protección. Por eso, esa documentación que hace de la naturaleza va a ser su legado. "Siento que hay que apoyar la naturaleza, defenderla, darle más importancia de la que se le da, por mucho que se utilice como argumento político". Un día quedarán sus fotos.

Así veo mi foto

Cinco horas escondido

L.P.M. Pamplona

Las garras del águila real acaban de soltar a la presa, una liebre ibérica que, a pesar de su rapidez, de sus enormes reflejos, de su camuflaje perfecto... no ha logrado escapar. Y aunque las garras de la rapaz la han soltado, van a volver a cogerla. Y a soltarla de nuevo. Y a volverla a atrapar. Porque lo que pretende esta águila, macho, no solo es comerse a la liebre, sino exhibir su grandeza ante su

pareja, excitarla. Y para eso 'juega' con su presa.

"La fotografía está hecha en la época en la que renuevan sus votos: aunque son pareja estable y conviven todo el año, viven una temporada de amores a finales de febrero y primeros de marzo. Y hay un instante en el que el macho, aparte de hacer juegos acrobáticos increíbles, dignos de verse, caza presas y se las ofrece a la hembra como regalo. Y ella se deja querer".

El águila real es la rapaz preferida de Bregaña, "por encontrarse en la cúspide de la pirámide trófica", junto con el oso y el lobo, y "por ser un animal magnífico". Preparado para la hipervelocidad, "es una fantasía de adaptación", soportando el calor sofocante y las heladas, viviendo en piedras y cortados. Y posee una visión prodigiosa: además de captar más colores que el hombre (como los del calor o la respiración), "mientras que a un kiló-

metro de altura nosotros veríamos un coche, ella ve un ratón", apunta.

En esta temporada de amores las águilas cambian los lugares en los que habitualmente se posan y comen. Tras años de observación, Bregaña los conoce bien. "Cuando están inmersos en ese juego de chulear ante la hembra son más descuidados, así que es una época buena para tomar alguna imagen más especial".

En este caso es en la punta de un risco, un mediodía de final de febrero. "Había una luz muy buena, tamizada pero importante. Se podía disparar a una velocidad alta y congelar ese plumaje para observar los detalles que muchas veces son imposibles de adi-

vinar con el ave posada".

Bregaña recuerda aquel como un instante emocionante "que no siempre se puede aprovechar. Esperé más de cinco horas, escondido desde antes del amanecer. Estuve viendo volar a la pareja, muy entretenida. Y durante unos instantes vino a hacer ese juego del macho chuleando con la presa para dársela a su compañera".

Para él no hay crueldad en esa actitud. "Se justifica mucho más fácil que otras de matar por matar". Teniendo en cuenta además que esa presa "les va a dar vida para unos días porque su metabolismo lo exige", añade que es el espíritu de la foto: "mostrar la vida y la muerte".